

Psicología popular

El homo psychologicus que todos llevamos dentro

MANUEL FROUFE

Universidad Autónoma de Madrid

A principios de siglo, la psicología de ámbito académico rechazó, con gran fanfarria, la psicología (en buena medida mentalista) implícitamente manejada por el hombre de la calle para comprender y predecir la conducta humana. Con frecuencia, hasta recientemente, los psicólogos experimentales se complacían en la medida en que sus ideas y descubrimientos violaban el «sentido común». Quizá todo ello se debiera (aparte de a las restricciones metateóricas impuestas por el conductismo y la filosofía de la ciencia dominante por entonces) al deseo de la psicología científica de marcar distancias con respecto a la psicología popular y demás corrientes especulativas. Se trataba de un esfuerzo, comprensible, para forjar una identidad y prestigio propios.

Creo que hoy día existe, sin embargo, un grado suficiente de madurez en nuestra disciplina que hace innecesario rechazar *a priori* las «teorías primitivas» y planteamientos manejados por la psicología popular. Si bien es cierto que, dado que el sentido común —a la hora de hacer inferencias sobre las causas determinantes de la conducta— tiende a ser esclavo de las apariencias, la psicología científica debe procurar aprovechar las intuiciones de aquel y *trascenderlas*, más que asumirlas o rechazarlas de plano. Al fin y al cabo, como sostiene en su artículo José A. López, el papel de la psicología popular es más de carácter pragmático (*utilidad/inutilidad*) que realista (*verdad/falsedad*). De ahí que, en la medida en que nos viene permitiendo (inter) actuar y predecir la propia conducta y la de los demás, se puede decir que ha superado la prueba de validación de la supervivencia. Cumple su cometido esencial: el de instrumento de adaptación. Pero, dado que gracias a su contribución funcionamos incluso con relativa eficacia, cabe esperar que contenga también un grado apreciable de verdad. Después de todo no constituiría, desde luego, un caso único. De hecho, por ejemplo, la «física ingenua» del ciudadano de a pie, que le permite moverse y manipular objetos con bastante solvencia, no es, en general, falsa (aunque pueda resultar elemental, incompleta y sesgada por sus propias necesidades).

¿Sucede algo similar con la interpretación popular de la conducta humana? Según sostiene Heider (1958) en su clásico capítulo sobre «análisis ingenuo de la acción», en la psicología del sentido común (lo mismo que en la científica) las actividades comportamentales son atribuidas a dos tipos de factores: los correspondientes a la persona (motivación y habilidades, fundamentalmente) y los ambientales. Y aun cuando Heider no pretende, lógicamente, que el análisis ingenuo de la acción se acomode siempre a la realidad objetiva, cree que contribuye a conocer sus componentes, aparte

de a precedir y controlar la conducta. En un trabajo reciente, Clark (1987) va bastante más lejos. Hace estribar la predicción cotidiana de la conducta humana en la atribución a los demás de estados mentales integrados por creencias y deseos. Ahora bien, dicha propensión atributiva vendría impuesta por una competencia innata (producto de la evolución por selección natural), que *pre-estructuraría* el espacio de nuestra comprensión ingenua de los otros como *sistemas de creencias y deseos*. Serían precisamente la eficacia de la teoría del deseo/creencia y su ubicuidad —prácticamente universal— las propiedades que avalarían su supuesto carácter innato.

Dicho planteamiento constituye una interesante alternativa a la concepción de la psicología popular como un producto de la especulación normal de «antiguos pastores y camelleros» acerca de lo mental, carente, pues, del necesario rigor objetivo (vid. por ej., Churchland, 1979 y 1984, y Stich, 1983). De paso, justificaría —sin necesidad de invalidarla como teoría objetiva— su incapacidad para operar con «casos exóticos» y explicar el funcionamiento humano en diversos ámbitos (i. e., su naturaleza incompleta) y su cambio y desarrollo casi nulos a lo largo de los tiempos (i. e., su estancamiento básico). ¿No sería precisamente una preparación funcional selectiva para las regularidades y condiciones básicas normales y una ausencia fundamental de cambio lo que cabría esperar de un instrumento adaptativo resultante de una competencia innatamente especificada?

A su vez, la naturaleza innata, junto con la utilidad práctica, de semejante teoría vulgar de lo mental, aunque no se puede pretender que impliquen *a fortiori* un carácter realista de los elementos y supuestos que la integran, sí deberían ser —según Clark— un indicio de su grado de verdad. En efecto, es de esperar que las competencias surgidas por exigencias evolutivas generen teorías que *usualmente* (aunque no siempre) constituyan guías aproximadas para los hechos más vitales dentro de su dominio. Por eso, sería tan improbable que la psicología popular fuera absolutamente correcta, como que estuviera radicalmente desenfocada.

¿Significa esto que el modelo de mente del sentido común —y aquí entro en lo que personalmente más me interesa— puede servir de punto de partida y contribuir al progreso de la actual psicología cognitiva experimental? Quizá convenga, antes de intentar contestar a esta pregunta, hacer algunas consideraciones previas:

- a) En primer lugar, no estoy de acuerdo con Andy Clark en el supuesto de que las personas intentemos explicar y/o predecir el comportamiento humano en base tan sólo a la atribución de creencias y deseos a la gente. Para predecir su conducta es fundamental estimar también su capacidad/habilidad y, cómo no, considerar la influencia de las circunstancias ambientales, como Fritz Heider —en un momento de predominio del conductismo— se encargó de enfatizar. Además, es más que dudoso que la prefiguración innata que, según Clark, nos lleva a atribuir a los demás deseos y creencias, no sea sino tan sólo una *tendencia culturalmente adquirida* a adscribir a nuestros semejantes *estados mentales* (y habilidades), que interactuarían con los factores ambientales.
- b) En segundo lugar, no se puede dejar de señalar que la psicología popular/natural y la psicología cognitiva del procesamiento de in-

formación se mueven no sólo con respecto a coordenadas diferentes, como señala López Cerezo, sino también en planos diferentes (Rivière, 1987). Mientras la primera se mueve en un plano moral y personal (atribuyendo a la gente, entre otras cosas, creencias y deseos) y dentro de la coordenada instrumental (utilidad/inutilidad), con la economía funcional como seña de identidad, la segunda se mueve en un plano subpersonal y molecular (analizando las estructuras, procesos y representaciones de conocimiento que integran el sistema humano de procesamiento de información) y dentro de la coordenada del realismo (verdad/falsedad), con el objetivismo como seña de identidad.

- c) Por último, según ya hemos dicho, el sentido común tiende a ser esclavo de las apariencias. Por eso basa la explicación y predicción de la conducta en la atribución al agente conductual de representaciones mentales *intencionales y conscientes*. Sin embargo, como vienen poniendo de manifiesto los resultados cada vez más abundantes de la investigación experimental reciente (Marcel, 1983a y b; Lewick, 1986; Cheesman y Merikle, 1986), para explicar la actividad cognitiva y la conducta en general se hace necesario recurrir a estructuras, procesos y representaciones mentales a los que el sujeto no siempre tiene acceso introspectivo (Froufe, 1985). Como señala Angel Rivière, «*la Psicología Cognitiva, en su concepción actual, se basa en el supuesto fundamental de que hay representaciones no identificables con las de la conciencia, capaces de explicar, en su calidad de estructuras de conocimiento, determinadas regularidades de la conducta*» (1987, p. 59, cursiva del autor). De ahí que, a la vista de los datos existentes en este sentido y, en general, de los numerosos resultados contraintuitivos e imprevisibles a simple vista aportados por la investigación empírico-experimental en el ámbito de la cognición humana, difícilmente se puede decir que la psicología científica se ha limitado a confirmar lo que ya sabíamos por sentido común, como a veces se ha pretendido sugerir.

No obstante, aunque el hombre de la calle no sea un psicólogo cognitivo precisamente refinado, parece un psicólogo natural bastante mejor. Por eso la moderna psicología cognitiva de procesamiento de información, dado su crónico aislamiento en un plano parcial e insuficiente de computaciones y representaciones, debería intentar aprovechar la notable capacidad de identificarse con los demás y de prever su propia conducta y la de los otros con que la evolución del ser humano y su conciencia ha dotado al actual *homo psychologicus* que, según Humphrey (1984), todos llevamos dentro a estas alturas de la historia de la humanidad. Seguramente eso nos ayudaría a formular planteamientos de mayor relevancia ecológica en el estudio científico del comportamiento humano.

Referencias

- CLARK, A. (1987). From Folk Psychology to Naive Psychology. *Cognitive Science* 11, 139-154.
- CHEESMAN, J. y MERIKLE, P. M. (1986). Distinguishing Conscious from Unconscious Perceptual Processes. *Canadian Journal of Psychology* 40, 343-367.
- CHURCHLAND, P. (1979). *Scientific Realism and the Plasticity of Mind*. Cambridge University Press, Cambridge.
- (1984). *Matter and Consciousness*. MIT Press, Bradford.
- FROUFE, M. (1985). Introspección e informes verbales en procesamiento humano de información. *Estudios de Psicología* 19-20, 335-355.
- HEIDER, F. (1958). *The Psychology of Interpersonal Relations*. Wiley, Londres.
- HUMPHREY, N. (1984). *Consciousness Regained*. Oxford University Press, Oxford.
- LEWICKI, P. (1986). *Nonconscious Social Information Processing*. Academic Press, Londres.
- MARCEL, A. (1983a). Conscious and Unconscious Perception: Experiments on Visual Masking and Word Recognition. *Cognitive Psychology* 15, 197-237.
- (1983b). Conscious and Unconscious Perception: An Approach to the Relation between Phenomenal Experience and Perceptual Processes. *cognitive Psychology* 15, 238-300.
- RIVIERE, A. (1987). *El sujeto de la Psicología Cognitiva*. Alianza, Madrid.
- STICH, S. (1983). *From Folk Psychology to Cognitive Science*. MIT Press, Bradford.